

*Las estructuras sociales de la economía*. Pierre Bourdieu. Barcelona, Anagrama 2003 [e.o. 2000]. 286pp., 16,5€

José Saturnino Martínez García

[Publicada en *Témpora* nº 7, 2004]

Nos encontramos ante uno de los últimos libros publicados en España de Pierre Bourdieu (fallecido en enero de 2002). Esta obra es una reelaboración de varios artículos publicados con otros sociólogos franceses en la revista que fundó y dirigió, *Actes de la recherche en sciences sociales*, revisión a la que añadió una introducción, conclusiones y un *post-scriptum*. Ciertamente, si no fuese por estos añadidos, sería más apropiado buscar otro título para el libro, algo así como “sociología del adosado”, si se me permite la broma (reconozco que de mal gusto, dado el abuso que en los medios de comunicación, y a veces académicos, se hace del término “sociología de”). Ante un título tan general, se esconde un libro sobre un problema muy concreto, el estudio del mercado de la vivienda de Francia en los 80, con especial atención al mercado inmobiliario de los chalés adosados. El material nuevo que acompaña al libro es el que da sentido a un título más abstracto, pues son unas reflexiones generales sobre los fundamentos sociales del mercado y una crítica a algunas aproximaciones economicistas al estudio de los problemas sociales, como algunas orientaciones de la elección racional, críticas que tampoco son novedosas en su obra.

El exceso de particularismo en el objeto de estudio combinado con la gran ambición teórica no es la primera vez que se da en Bourdieu; ya en sus comienzos hizo un estudio sobre la fotografía, “ese arte medio”, es decir, un arte que no es del todo arte, y que puede quedarse en simple registro de celebraciones familiares. Ciertamente, el problema de la vivienda es un problema social básico, pues en torno a él gira una de las decisiones más importantes de las familias. Pero la riqueza de detalles con la que lo aborda resulta un tanto lejana para un lector ajeno a la problemática francesa que describe, siendo a veces fácil perderse en la sopa de siglas de los diversos organismos relacionados con la vivienda en Francia, así como sus características específicas (que por otra parte, suelen estar más o menos comentadas por el traductor, de forma que el lector no pierda por completo la referencia a tantas especificidades).

Una vez descontado este exceso de particularismos, que a veces lastra la lectura del texto, estamos ante un trabajo redondo, desde una perspectiva bourdiana. La principal novedad que aporta este trabajo a la comprensión del conjunto de la obra de Bourdieu, es la aplicación de su método al estudio de lo que podríamos llamar un mercado claramente económico. Había aplicado sus herramientas teóricas al estudio del arte, la filosofía, las instituciones educativas, los estilos de vida franceses o cabileños, el Estado; pero esta es la primera vez que presenta en libro el estudio de un objeto de la relevancia del capital económico es mucho mayor que en sus anteriores investigaciones, aunque también sea muy importante su componente de capital simbólico. Como el mismo señala (p. 62), hay un continuo entre la obra de arte pura (polo de capital simbólico) y un barril de petróleo (polo de capital económico), y la vivienda estaría en un punto intermedio entre esos dos polos, pues, por un lado, la vivienda contribuye a definir a su propietario de forma puramente simbólica (puede costar económicamente lo mismo vivir en una buhardilla en el centro que en un adosado en las afueras), pero también es muy importante como estrategia económica que compromete a la familia por un largo periodo.

Sobre este objeto, mitad simbólico, mitad económico, Bourdieu pone a funcionar su metodología integral, como ya mostró de forma mucho más confusa en su obra magna, *La distinción*, considerado uno de los diez libros más influyentes por los asistentes al Congreso de la Asociación Internacional de Sociología celebrado en Montreal en 1999. Esta metodología integral combina análisis estadísticos, especialmente el análisis de correspondencias, con análisis cualitativos tanto entrevistas semiestructuradas –transcritas en parte– con los diversos agentes

implicados (compradores, vendedores, constructores, políticos, funcionarios, etc...) como observación (no participante, transcribiendo una conversación entre un vendedor y un posible comprador) o reproducción de anuncios. Por tanto, combina una aproximación cuantitativa al problema con una aproximación cualitativa, a veces etnográfica (como la descripción de la conversación entre el vendedor y la persona que le solicita información). Hay que destacar que esta pluralidad de métodos consigue quedar bien integrada, de forma que no estamos ante una aglomeración ecléctica de información, sino ante el resultado de una teoría social que se confronta con un problema empírico mediante el uso de diversas técnicas, según exigencias de la propia teoría. No es este el espacio para dar cuenta de dicha teoría, pero cabe decir que una de sus bases es reconstruir el espacio social en el que los agentes toman sus decisiones con la mayor cantidad de información. Ese espacio social es el *campo* en terminología bourdiana, y se caracteriza por ser la relación de fuerzas sociales en torno a cierto hecho social valorado, en este caso la vivienda, de la misma forma que un campo gravitatorio es la relación de fuerzas entre masas. El conocimiento objetivo del campo se obtiene mediante el estudio cuantitativo de los recursos puestos en juego, es decir, de las diversas especies de capital, como el capital económico o el capital cultural, lo que se consigue especialmente con el análisis de correspondencias<sup>1</sup>. Así, es necesario conocer no sólo el capital económico de los posibles compradores, sino también el capital económico de las empresas constructoras. Y tan relevante puede ser el capital económico como el nivel educativo de los compradores, pero también de los vendedores de vivienda. De esta forma hay que “sustituir el mito de la mano invisible [del mercado ...] por la orquestación de las prácticas basada en todo un sistema de homologías” (p. 99), es decir, se establecen las similitudes que hay entre la oferta y la demanda no como abstracciones que se “encuentran” en un precio, sino como hechos de la vida social homólogos, en el sentido de que los vendedores de viviendas están en posiciones sociales equivalentes a los compradores; así las empresas con vendedores en mejores condiciones sociales en el conjunto de las empresas de la construcción, venden casas a familias situadas en mejores posiciones sociales en el conjunto de la sociedad.

Sobre el espacio objetivo del campo de la vivienda, los agentes desarrollan sus propias estrategias para comprar o vender, según sea el caso. Aquí entra en juego otro concepto clave en la obra de Bourdieu, el *habitus*, que podemos definir brevemente como esquemas de obrar, pensar y sentir asociados a una posición social. Al estar compradores y vendedores en las mismas posiciones sociales comparten unos estilos de vida que facilitan el encuentro entre ellos y que las negociaciones sean más fáciles. Por tanto, al espacio objetivo de posiciones que se aprecia en el campo, el *habitus* da las disposiciones subjetivas que permiten entender la racionalidad práctica de las estrategias tanto de compra como de venta. Por ello es necesario recoger todas las voces del campo, para saber cuál es la lógica subjetiva de las distintas estrategias, no solo de compradores y vendedores, sino también de constructores, arquitectos, funcionarios... Así, contando con la información objetiva del campo y con los diversos puntos de vista subjetivos, es posible para el investigador reconstruir con herramientas teóricas (bourdianas) el objeto de estudio. No es ni empirismo cuantitativo, que lee porcentajes de forma atórica, ni empirismo cualitativo, que ensalza la perspectiva de los agentes como la única verdad, pues hay que “subordinar esta descripción ‘interaccionista’ de las estrategias a un análisis estructural de las condiciones que delimitan el espacio de las estrategias posibles” (p. 257).

El objetivo es estructurar toda esta información en un todo coherente, disolviendo las dicotomías cuanti/cuali, estructuralismo/fenomenología. Pero como acostumbra a suceder cuando se lee a Bourdieu, al final el lector se queda con la sensación de que el resultado está escorado hacia el lado estructuralista, más objetivista, pues a fin de cuentas, el *habitus* está producido por la

---

<sup>1</sup> Esta técnica estadística multivariable agrupa categorías de variables nominales, en un espacio de ejes que busca que dichas agrupaciones reúnan la mayor información posible. Luego es el investigador el que interpreta estas agrupaciones, así como los ejes sobre los que se definen.

posición social, y es ésta la que determina la lógica de las estrategias subjetivas. El campo de fuerzas (sociales) traza las posibilidades de las partículas (agentes) que creyendo vivir su libertad subjetiva, no hacen más que confirmar sus probabilidades objetivas. Después de todo “el agente social, en tanto que está dotado de un habitus, es *un individual colectivo o un colectivo individuado por la obra de la incorporación de las estructuras objetivas*” (p. 260, cursivas en el original).

Como ya ocurría en *La distinción*, es fácil quedarse con la sensación de que los perdedores simbólicos del capitalismo avanzado son los pequeño-burgueses, no lo suficientemente burgueses como para alcanzar el estatus que les gustaría, lo que les hace afrontar empresas que están por encima de sus posibilidades y condenadas al fracaso de antemano, quedando además como responsables de sus apuros, y sin el valor simbólico de la clase obrera, sujeto universal de la emancipación humana; en definitiva, poco explotadores y nada explotados, esta sería la idea básica del capítulo de conclusiones del libro, titulada “los fundamentos de las estrecheces pequeño burguesas”. El adosado sería un signo de ese quiero (una casa señorial) y no puedo (sin las ventajas de vivir aislado y sin las ventajas de vivir en comunidad). La frustración y/o el resentimiento como productos sociales, tema por otro lado objeto del trabajo que dirigió, *La miseria del mundo* (publicado en Akal). Al estar este resentimiento de clase apoyado solo en datos de tipo cualitativo, es difícil evaluar su validez, pues no sabemos si este discurso resentido es mayoritario o minoritario en el colectivo, aunque sea un discurso que cuadre muy bien con la interpretación bourdiana del mundo social.

Una crítica que cabe hacer a todo este análisis sobre la vivienda, común a otras obras de Bourdieu, es su autismo sociológico. No dudo de las bondades de la metodología bourdiana y del rigor de su trabajo, pues su obra es sin dudas de las más relevantes de la sociología de la segunda mitad del siglo XX. Pero parece que su preocupación es mostrarnos lo bien que su método puede encarar cualquier problema empírico, sin tener en cuenta el trabajo de otras personas sobre el mismo objeto. Como no sé de sociología urbana ni estudios sobre vivienda, no puedo contrastar si este autismo lastra su trabajo o no, pero esta falta de revisión y debate con otros estudios puede llevar a descubrir la pólvora o a no considerar alternativas explicativas pertinentes y que también casan bien con la evidencia empírica. Si ésta es una crítica ajustada o escolástica y escolar, lo dejo a juicio del lector, pero en todo caso creo que se debe ser más respetuoso con el colectivo de investigadores que previamente han afrontado un problema, y al menos hacer explícito los criterios por los que se ha desestimado dicho trabajo.

Lo comentado hasta aquí se refiere a la parte del libro que podríamos denominar “sociología del adosado”. La parte añadida se propone mucho más general y es la que deberán consultar con atención quienes estén interesados en el título del libro y no tanto en el problema de la vivienda o en el uso empírico de la teoría de Bourdieu. Lo más novedoso de esta parte no son sus argumentos en contra de los modelos económicos del comportamiento humano *a la Gary Becker* en particular o del individualismo metodológico en general. Lo novedoso es el uso de referencias bibliográficas más recientes, así como que entra a discutir de forma abierta sobre su concepto de capital cultural con el capital humano de Becker y el de capital social<sup>2</sup> con el de Coleman, aunque la discusión nos sepa a poco. Su crítica a la elección racional es fácil de resumir, sus teóricos comenten “falacia escolástica” (p. 263), o, como dice en otros textos, en expresión marxiana

---

<sup>2</sup> Dentro del ámbito de sociología de la educación, cabe hacer una mención especial al capital social, concepto que desde su primera introducción por Bourdieu y Coleman, de forma independiente, en los 80 hasta ahora, ha pasado a ser muy popular y generar un volumen considerable de investigación (véase el número 94/95 de 2001 de *Zona Abierta*). Intuyo que parte de su popularidad se debe a que gracias a él, los economistas que trabajan en grandes organismos como el Banco Mundial, han “descubierto” que las relaciones sociales que no son puramente mercantiles existen.

“confunden las cosas de la lógica con la lógica de las cosas”, es decir, estos teóricos confunden sus razonamientos con el mundo con lo que realmente pasa en el mundo, y mientras que la razón del académico es libre de imaginar muchas razones para dar cuenta de una práctica social, los agentes tienen las suyas propias. Desgraciadamente la limitación de estas críticas de Bourdieu a la elección racional aunque en parte llevan razón, en parte se equivocan, y adolecen de la misma debilidad que críticas suyas anteriores: no entra a fondo a debatir pormenorizadamente los fundamentos de esta perspectiva teórica, se limita a lanzar acusaciones generales sin decir de donde están tomadas, por ejemplo cuando afirma “los economistas ortodoxos y los filósofos partidarios de la teoría de la acción racional dudan, a veces en la misma frase, entre dos opciones teóricas lógicamente incompatibles” (p. 263): ¿sí?, ¿quién?, ¿dónde?. Estas diatribas genéricas son útiles para reforzar la moral de los convencidos, pero no son buenas ni para convencer a los tibios ni correctas en un debate riguroso, en el que las afirmaciones deben confrontarse (resulta llamativo que ni se digne a mencionar a los autores franceses de esta corriente: “Coleman, Elster y sus epígonos franceses” (p. 267)). De esta forma, a veces cae en la falacia del “hombre de paja”, construyendo un enemigo que no existe. Realmente ese enemigo sí existe, y tiene nombres y apellidos: Gary Becker. Casi todas las críticas que hace son perfectamente válidas contra este autor, y de hecho su nombre aparece en varias ocasiones, pero la posición teórica de este autor es extrema en la elección racional, y muchos de sus teóricos niegan su radicalismo (por ejemplo, Elster, que también es criticado en estas páginas). Una buena crítica a la elección racional no puede hacerse citando superficialmente a sus principales teóricos, y metiéndolos a todos en el mismo saco, pues las posturas están muy matizadas<sup>3</sup>. De todas formas probablemente esté Bourdieu en lo cierto cuando afirma que “la teoría del habitus permite *explicar la verdad aparente de la teoría que desmiente* [la elección racional]” (p. 266, cursiva en el original). Esto se debe a que una explicación de elección racional bien hecha no hace más que explicitar los principios de elección del habitus. Pero entonces, ¿cuál es la diferencia entre las dos teorías? Pues que Bourdieu plantea una metodología más holista, con su visión del campo, y con más énfasis en los aspectos etnográficos. Con esta superposición entre habitus y elección racional, Bourdieu lo que quiere es hacer explícita la unidad de las ciencias sociales (p.268), pero que su teoría es más general que la de la elección racional, pudiendo dar cuenta de los mismos hechos, pero también de otros, e incluso de las mismas condiciones de validez de la teoría.

Las últimas páginas del libro combinan su análisis de los fundamentos sociales de la economía con las posibilidades políticas de la globalización, pues ante el poder del capital que se mueve sin control frente a los trabajadores arraigados a un mundo de vida, es necesario que surjan fuerzas políticas que controlen a las fuerzas económicas. Su apuesta es por una especie de keynesianismo mundial, en el sentido de una mayor integración de las fuerzas políticas de tal forma que puedan controlar a las fuerzas económicas, para subordinarlas a fines universales. Y acaba con una apuesta por la sociedad civil, en el sentido de que reaccione frente a la oligarquía económica mundial.

Para finalizar, una crítica a Anagrama, que en esta ocasión, a diferencia de otros libros que ha editado sobre Bourdieu, no incorpora un índice analítico, ni onomástico, que siempre son de gran utilidad.

---

<sup>3</sup> J. E. Goldthorpe, en *On Sociology* (Oxford University Press, 2000) hace una presentación más afinada de las distintas “familias” de la elección racional, y en ella el lector que se esfuerce podrá apreciar que las críticas de Bourdieu no son válidas para todas ellas. También se puede consultar J. S. Martínez “Distintas aproximaciones a la elección racional” *Revista Internacional de Sociología*, nº 37, 2004.